

# La complejidad de la restauración monumental

La reciente concesión de los premios nacionales de restauración y rehabilitación de edificios monumentales, patrocinados por la Dirección General del Patrimonio Artístico del Ministerio de Cultura, ha puesto de actualidad el tema de la política de conservación y restauración monumentales, que, en nuestro país, por razones obvias, siempre gozará de un enorme interés. No vamos a comentar en este artículo los cuatro premios concedidos —Observatorio Astronómico de Madrid, Real Coliseo de Carlos III de El Escorial, Iglesia de San Martín de Valdilecha y bajos de la Casa Thomas de Barcelona—; pero sí lo que han significado, abriendo en este sentido cierta esperanza, de aceptación de la restauración monumental como un hecho cultural complejo. En efecto, tanto por la diversidad de los problemas que presentaban cada uno de los monumentos restaurados, como, consecuentemente, por la variedad de las soluciones adoptadas, los cuatro casos citados expresan ejemplarmente la necesidad de afrontar el problema desde los muchos aspectos que presenta, algunas veces contradictorios entre sí.

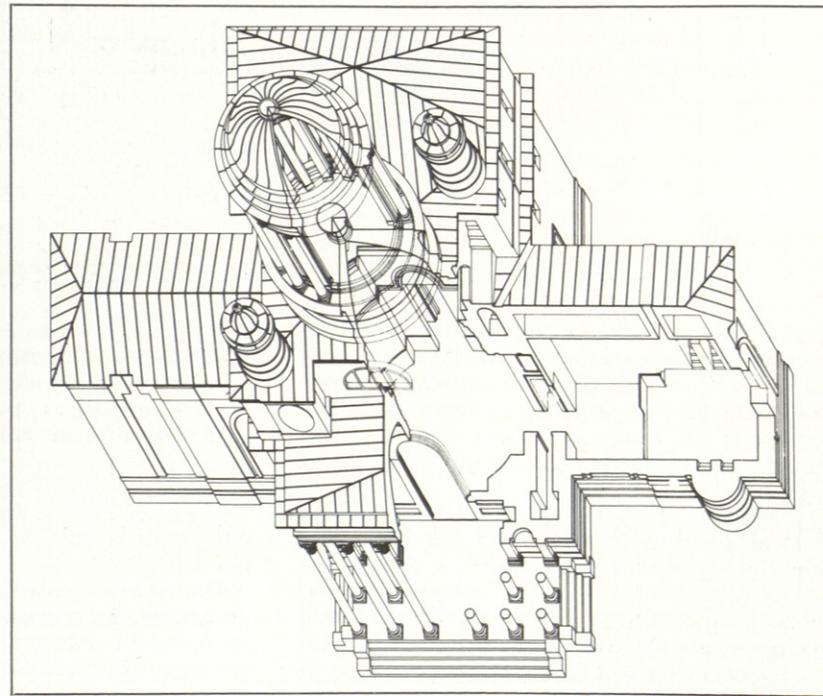
Por de pronto, para entender la cuestión de manera adecuada habría que hacer un poco de historia, aunque aquí, forzosamente, sea planteada de una forma elemental y esquemática. Así, en un sentido amplio, habría que comenzar señalando, por ejemplo, que la historia de la conservación y restauración de monumentos del pasado va indisolublemente unida al desarrollo de la tradición clásica occidental, cuyo motor básico ha sido el de una serie sucesiva de renacimientos de un mismo paradigma ideal fijado en la Antigüedad greco-romana; esto es: que, en Occidente, la idea de restauración se ha presentado como equivalente de la idea de *restitución*. Hay que recordarlo, entre otras cosas, para que no se pierda de vista en ningún momento el carácter esencialmente *revivalista* de nuestra cultura, como lo es, en general, toda identidad y tradición históricas. De esta manera, aunque con precedentes medievales parciales que no viene al caso citar, nuestra primera arqueología data del Renacimiento italiano, cuando se comienza a explorar, rescatar, restaurar y conservar los abundantes restos del mundo clásico. Esta primera oleada ar-

queológica, envuelta todavía en un entusiasmo ciego y carente de medios de verificación precisos, distó mucho de poseer un rigor científico, que no se alcanzaría, como se sabe, hasta muy avanzado el siglo XVIII. Inmediatamente después, la disolución del clasicismo como único paradigma de inspiración artística y la radical transformación que produjo la Revolución Industrial complicaron de manera definitiva el panorama.

Puestas así las cosas, fue, en efecto, a comienzos del siglo XIX, con el movimiento romántico, cuando se presentó, por primera vez, en toda su compleja dificultad, el problema de la conservación y restauración monumentales. Porque fue entonces, y no antes, cuando, al percibirse de manera muy dramática la relatividad del gusto histórico, la herencia del pasado cobró el peso específico de un patrimonio global indisoluble, y porque fue entonces también, cuando, al producirse el crecimiento espectacular de las ciudades, en un volumen y a un ritmo hasta ese momento insólitos, se agudizó de manera particularmente dramática la dialéctica entre lo *viejo* y lo *nuevo*, convertidos ahora en tensiones contrapuestas de pasado



Casa Thomas.



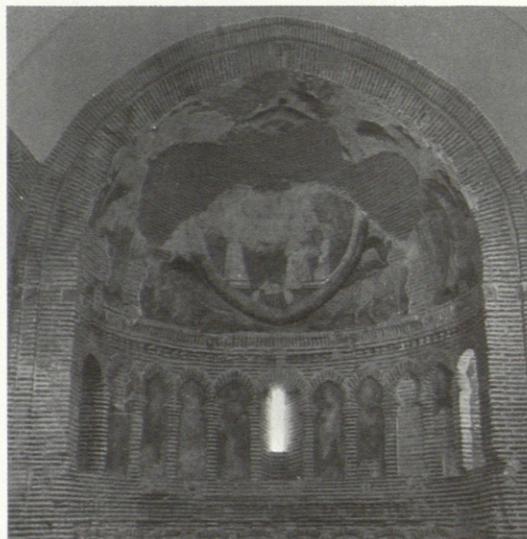
Observatorio Astronómico.

## Francisco Calvo Serraller

y porvenir, conservación y progreso, memoria e imaginación, sabiduría y funcionalidad, etc. En cualquier caso, la fuerza de los acontecimientos, pasados los furores primeros, puso en evidencia la necesidad de conciliar estos contrarios, al ritmo mismo en el que la consiguiente tensión comenzó a sentirse como un desgarramiento moralmente insufrible y, con ello, florecieron todo un amplio corolario de nostalgias varias —de la naturaleza y del pasado— que todavía nos conciernen.

En realidad, el trasfondo de todo este drama que implica directamente nuestra identidad apunta a la posibilidad de un control, lo más ampliamente racional y responsable, de la imagen histórica. Y lo que esto significa de evidente referencia filosófica, comienza a demostrarnos esa complejidad que afecta a la naturaleza del asunto: sin una reflexión crítica y una ética capaces de «relativizar» el presente, siempre se estará a punto de cometer un abuso frente al pasado o al futuro. Veámoslo, por ejemplo, no sólo en las destrucciones indiscriminadas que el desarrollo industrial ha acarreado, sino también, en la reacción contrapuesta, en la pseudocultura del *pastiche* historicista o en cualquiera de esas múltiples actitudes formalistas de conservación estereotipada, que expresan un falso, por interesado, amor a la tradición, cuyo único y verdadero sentido se alcanza, como advirtió Ortega y Gasset, en su reconocimiento como tal pasado y no en su imposición violenta sobre el presente.

Tras casi dos siglos de experiencias polémicas en este terreno, los resultados, desde luego, están a la vista, imposibles de ocultar incluso por la maraña escolástica de múltiples teorías que defienden mil cuestiones de detalle. Así, tras la primera oleada de arqueologismo romántico, cuyo excesivo intervencionismo acabó en los más absurdos delirios de «reconstrucciones ideales» y destrucciones reales, no sólo en lo que tenía de «abusivas terminaciones» que acababan definitivamente con la significación potencial de las ruinas, sino también, en función del furor nacional específico, en la selección, igualmente arbitraria, de los restos del pasado, que ha llevado, por ejemplo, a destrozarse determinado aspecto estilístico de un edificio en beneficio de otro, anterior y posterior; tras esa primera oleada de



*Iglesia de San Martín.*



*Convento de San Juan.*

arqueologismo romántico «intervencionista» —decimos—, nos encontramos con una actitud, igualmente simplista, de conservación indiscriminada y de restauración, tan puntualmente apegada a la más estricta labor de mera consolidación y limpieza, que nos sitúa ante un callejón sin salida, pues ni todo merece ni puede de hecho ser conservado, ni tampoco, ni mucho menos, la limpieza y consolidación de una fábrica significa su restauración. Debemos tenerlo muy presente si no queremos ver manipulada la progresiva conciencia ciudadana respecto al legado histórico patrimonial en manos de ignorantes y

desaprensivos demagogos, porque, hoy por hoy, denunciar simplemente la destrucción o el deterioro de un monumento, sin un estudio serio del mismo que permita ofrecer una verdadera alternativa, es, por lo menos como hacer una novena para que llueva.

Los errores cometidos nos permiten, sin embargo, sacar algunas provechosas lecciones: para recuperar verdaderamente un edificio antiguo hay que dotarlo de una nueva función, porque sólo se conserva lo que está vivo; la restauración es arquitectura o no es restauración: «o nos encontramos frente a un hecho exclusivamente técnico —escribe G. Grassi—, como la consolidación, el saneamiento, etc., y en este caso podemos afirmar que no se trata de un problema arquitectónico, o bien la restauración se presente en primer lugar como problema arquitectónico y en este caso se trata de proyección en el sentido más estricto, lo que no puede ser eludido mediante ningún artificio»; cada obra a restaurar constituye un caso absolutamente peculiar y no pueden, por tanto, establecerse normas generales de validez universal; el criterio tradicional de conservación debe ser ampliado no sólo a la época contemporánea, sino a otros campos como el de la ingeniería y el de la arquitectura popular; un monumento no se salva nunca frente al ambiente que lo rodea; finalmente, un monumento tampoco se salva nunca sin la creación de un estado de opinión, que no debe reducirse a la ocasional información de la prensa, sino que debe ir canalizado a través de la conveniente formación en materias como la historia del arte desde el nivel de enseñanza elemental.

En cualquier caso, hay que considerar como definitivamente superada la concepción de una conservación entendida como «embalsamamiento». La concesión de los primeros de restauración monumental ha abierto, en este sentido, ciertas esperanzas, aunque naturalmente deben ser confirmadas por toda una actitud política. Mientras tanto, quisiéramos hacer una sugerencia concreta: la ampliación de los premios a la restauración de obras de ingeniería y a obras de arquitectura actual, porque cuidar el presente tienen también mucho que ver con nuestra imagen histórica. ■

Francisco Calvo Serraller